

Fiesta.

Y es que quería viajar pero sin viajar; sin la horrible necesidad de sentir que tenía que coger aviones, embarcarse en una nueva aventura, alejado de los muchos, de los suyos, de sus mocosos, del amor y la amistad. Apostó este crudo año por realizar uno de los viajes mas especiales de toda su vida, a su magma puro, ese que había permanecido escondido bajo las capas de maquillaje de ella y vestidos de cotillones de ensueño que ya no deseaba, pues tenía ansias de descubrir algo que había permanecido oculto durante tantos años.

Diestro en su oficio, eliminó de su vocabulario cualquier matiz negativo que renegase su pasado y le impidiera disfrutar. Soñaba con eliminar sus fobias y montar una escuela de pobres desangelados, desalmados tristes que vagabundeaban por las calles de mala muerte sin un pasado que recordar ni un futuro al que aspirar. Aspiró el intenso aroma a jazmín y lavanda, ese que le transportaba a un siniestro lugar de una vida infame, que más que existencia era pura supervivencia feroz. Recogió sus bártulos y se dispuso a caminar hacia donde le llevara el viento, preparado para protegerse de la tempestad y la lluvia con aquel sombrero que tanto tiempo atrás un bonito ángel con sonrisa endemoniada y fogosa pasión endiablada, le regaló por uno de tantos aniversarios allá por el Caribe o por *tierra de nadie*. Desechó la idea de volver a llamarle, de ponerse de nuevo en contacto con aquella piel, no por falta de ganas sino por miedo a volver a engancharse a tan peligroso postre de hojaldre azucarado.

Melosa manzana al horno caramelizada que dejaba un rastro difícil de olvidar para tantos torpes tontos necesitados de un amor que él no sabía dar. Almas en vilo, en pena, caminos recorridos por ríos de indecisiones, risas de payasos y charcos de inseguridades rotas por bajo un saco de esparto más frío que una mañana helada de invierno en Nueva York. *La Gran Manzana* completamente congelada, a expensas de ser barrida, eliminada de un mapa mundi cada vez más globalizado e informatizado. Le aterraban los susurros que escuchaba cada mañana en la radio y que se repetían por la noche en el piso de al lado, pared con pared con su temporal hogar.

Ahogaron las penas en barriles de whiskey del bueno, perneras de lujosas chicas de compañía que no podían pagar y peleas con cualquiera que tuviera agallas para luchar con la pareja; el primero de turno que se abalanzara era bienvenido en todo momento. Patinaron en su decisión y pagaron por ello un precio más alto del que jamás ningún hombre hubiera podido imaginar. Deslumbraron a mariposas volátiles que intentaron hacerse con su fortuna y desvirgaron a jóvenes vírgenes que decían estar hechas de trapo, como las muñecas con las que jugaba el hijo de uno y la hijastra del otro.

Cabreados, bajaron al bar a pedir otra ronda que ni siquiera sentían debían beber. Aun así, hicieron lo propio, uno para olvidarse de aquella ánima infernal que no le dejaba tranquilo ni muerto, apareciéndosele en la mente segundo si, segundo no, el otro, intentando buscar una evasión de problemas familiares y una aburrida vida monótona que no le deseaba ni al perro mas vago de todo el Ministerio Nacional. Rellenaron instancias mientras el camarero le guiñaba el ojo discretamente al forastero sentado en el taburete al lado del apuesto caballero. Ninguno de los dos quiso darse cuenta de lo que sucedía; bastante apesadumbrados se sentían con sus propios pensamientos como para tener que compartir a fulanos e hijos de otros como quien no quisiera la cosa.

Riñeron, jugaron, se pelearon y volvieron a emborracharse en un bar que ya casi era de su propiedad, de tantas largas tardes y horas muertas que habían echado en el lugar. Lo mejor era no pensar, quizás así los pesares disminuirían y dormirían más tranquilos hasta tener que emprender de nuevo el viaje de vuelta a casa que les transportaba al calvario habitual.

Triste vida la de la pareja de camioneros que dudaban haberlo hecho mal en la vida, aún sin que presentaran señales de haber triunfado, más que los burdos tatuajes que decoraban sus hombros y robustos brazos, mientras nadie les estaría esperando al otro lado, en el momento de la verdad, ese que aparece cuando menos te esperas y te demuestra que no tienes a nadie en quien confiar, porque todos te mintieron, haciéndote querer pensar que estarían allí contigo, para ti, cuando lo necesitases. Qué casualidad que ante el momento de la verdad no hubiera más aliento que el del vecino borracho, compañero de penas y dichas, fingidas fiestas y alegrías en una danza eminentemente pasional para aquellos que miraban el espectáculo desde fuera, disculpándose por no haber podido llegar; *mucho tráfico, tanto trabajo, disculpa pero la mujer no me dejó escapar...* Excusas baratas demasiado conocidas y aceptadas por alguien que solo deseaba volar, parar de ir y venir en un camión tan conocido como insatisfactorio.

Consumió toda la gasolina y quemó el motor de un cuerpo descarrilado en medio de una autovía, que por suerte era de peaje, y contaba con cómodos arcenes en los que poder recuperar su voz, su paciencia, su resquemor. Llegó a una fiesta terminada, gastada en cocaína y droga blanca, traje de corbata olvidado en el *truck*, whiskey en mano incluso antes de cruzar el vano de la puerta. Los panchitos estaban agotados, probablemente se los comieron todos esos blancos que fumaban el verde de un tabaco negro, más oscuro que las sombras de aquel festival decadente.

A.